

del pueblo, quiso ser partícipe de su soberanía, y fué elegido diputado. En la primera época de su diputación anduvo oscilando entre el dogma de la soberanía nacional y el dogma de la legitimidad de los Reyes. Era legitimista por sus recuerdos, y revolucionario por sus nuevas inclinaciones. Entonces militó debajo de las banderas del partido conservador, partido análogo á la índole propia de sus nuevos principios, puesto que se propone por objeto una perpetua transacción entre el orden y la libertad, entre los derechos de los pueblos y los derechos de los Príncipes. Pero vino la época de su última transformación poética, y entonces, de la misma manera que había dicho: "La fuente de la Religión está en la poesía; el poeta hace nacer las religiones de sus propias entrañas; el poeta es Dios", dijo: "Los Reyes se hacen por la voluntad de los pueblos; el pueblo es el criador; los Reyes son su hechura; el pueblo es soberano; el Rey es súbdito del pueblo; ó, por mejor decir, el pueblo es Rey."

Con efecto: léase su último discurso, su discurso sobre la cuestión de la Regencia, y se verá que en él no dice otra cosa; quiere la Regencia electiva y la Regencia de la madre, y quiere la una y la otra para que el pueblo tenga ocasión de advertir á los Reyes que han nacido del polvo, y que se han de convertir en polvo con el tiempo.

Tal es el estado actual de sus transformaciones. No pudiendo permanecer por más tiempo en las filas del partido conservador, y no atreviéndose todavía á llevar en su bandera los colores democráticos, está al frente de un tercer partido que se llama socialista ó conservador progresivo. Este hombre será un obstáculo constante al desarrollo de las ideas monárquicas y conservadoras. ¡Desventurados, una y mil veces desventurados los pueblos que han puesto su suerte en las manos de los hombres y han olvidado el culto de los principios!

PARÍS, 31 de Agosto.

No había pensado volver á hablar de Mr. Lamartine después de escrita mi última carta, y hubiera cumplido mi propósito á no haber caído en mis manos *La Presse* correspondiente al lunes 22, en cuyo artículo de fondo, consagrado á explicar la conducta de Mr. Lamartine, se hallan cosas que me obligan á someter al buen juicio de Uds. algunas consideraciones que me parecen importantes.

Según *La Presse*, Mr. de Lamartine se daba la mano con el partido conservador por su teoría acerca de la paz, y con la oposición dinástica por sus ideas sobre el progreso indefinido á que están llamados los pueblos. Cuando la cuestión del día ha sido la de la guerra ó la paz, ha votado con los conservadores; cuando la cuestión ha variado de índole y se ha transformado en la de conservación ó progreso, ha votado con los hombres del lado izquierdo de la Cámara.

No entraré aquí á examinar si éstas han sido ó no las verdaderas causas de la conducta de Mr. de Lamartine; esta averiguación me separaría demasiado del objeto que me he propuesto hoy, cuando he tomado la pluma. Sea, pues, de esto lo que quiera, lo que me parece indudable es que Mr. de Lamartine profesa efectivamente las doctrinas que *La Presse* le atribuye. Ahora bien: en esas doctrinas veo, por una parte, la confirmación de cuanto manifesté á Uds. en mi última carta; y por otra, el asunto más á propósito para altas y graves meditaciones. Voy, pues, á hacer buena mi opinión y á manifestar las reflexiones que sobre este asunto se me ocurren.

Mr. de Lamartine es partidario de la paz, de la paz á toda costa, de la paz como elemento de la civilización, de adelanto



y de cultura, y es enemigo de la guerra como de un hecho perturbador, como de un hecho bárbaro en sí mismo, como de un hecho que conduce á la barbarie. Ahora bien: esta doctrina no ha podido encarnarse nunca en el Occidente; esta doctrina es esencialmente oriental; esta doctrina es propia de los pueblos enervados y contemplativos, que vegetan sin movimiento entre los perfumes de las regiones orientales. Esa disposición de ánimo de esos pueblos sirve para explicar las fabulosas conquistas de Sesostris, de Semíramis, de Ciro y de Alejandro. Cuando un hombre de fuerte voluntad y de ánimo generoso se presenta á caballo en las fronteras del Oriente, el Oriente se postra ante sus pies, le adora como á Dios, le quema incienso y le levanta altares. El Oriente no sabe vencer, no sabe resistir, porque resistir ó vencer es guerrear, y el Oriente prefiere á la dominación con el movimiento, la esclavitud con el reposo.

Así, pues, Mr. de Lamartine profesa una doctrina cuyo origen se encuentra en la última transformación que ha experimentado su alma, en la transformación de que hablé á Uds. en mi carta anterior, en la transformación panteísta y oriental que se verificó en él cuando visitó el Oriente.

Por lo demás, Mr. de Lamartine, que no es un gran filósofo, ignora que es inconsecuente consigo mismo cuando predica la paz á toda costa y pide el progreso indefinido de la libertad y de la industria. La libertad es la guerra en el Estado; la industria es la guerra con la naturaleza. La libertad y la industria (y no la echo á mala parte, como se verá después) es la guerra entre los hombres.

Para ser consecuente consigo mismo, Mr. de Lamartine debía propagar en Francia una secta religiosa que ha nacido y se conserva en la China. Esta secta eleva á dogma filosófico y religioso el quietismo y la inmovilidad del Oriente. Adoptando todas las consecuencias que van envueltas en su principio, esta secta, entre el reposo y la acción, prefiere el reposo; entre el reposo absoluto y el relativo, prefiere el absoluto; entre ser

conquistado ó conquistar, sostiene que es preferible ser conquistado, como sostiene que es preferible ser esclavo á ser señor, y ser débil á ser fuerte.

Según estos sectarios, el que está en reposo vence al fin al que se mueve; el que es conquistado, al que es conquistador; al señor, el que es su esclavo, y al que es fuerte, el que es débil. Y no crean Uds. que es insostenible esta teoría, y que es absurdo este dogma. Los chinos, que entienden mucho de achaque de filosofía, sostienen su dogma con grande copia de razones. Sin necesidad de salvar sus fronteras, se hallan en estado de demostrar, al que lo dude, la verdad de todas las proposiciones que arriba dejo asentadas. Los tártaros, gentes de acción, han conquistado diecisiete veces la China, que desde que salió de las manos del Criador está en un perfecto reposo; pues bien: el pueblo que estaba en reposo venció al que se puso en acción; el pueblo conquistado, al pueblo conquistador; el pueblo débil, al pueblo fuerte; porque los chinos permanecieron chinos, y los tártaros conquistadores se hicieron chinos. Ahora mismo está aplicando la China ese dogma político y religioso en la guerra que le hacen unos bárbaros llegados allí de las últimas regiones de la tierra, que se apellidan ingleses. Los ingleses dicen que son los vencedores porque avanzan; los chinos dicen que son los vencedores porque huyen. El tiempo decidirá esta cuestión y aclarará este misterio; entretanto, los chinos están ahora más firmes en su creencia que nunca.

Si Uds. quieren salir de la China y trasladarse al Paraíso, allí encontrarán Uds. el testimonio más claro é irrefragable del dogma que vamos sosteniendo. Eva, es decir, el ser débil, ofrece á Adán la manzana. Adán, es decir, el ser fuerte, no quiere comerla, y Eva triunfa porque le obliga á comerla, y Adán es vencido porque la come. En la persona de Adán, Eva triunfa del género humano, y la flaca mano de una débil mujer es tan poderosa, que arrastra á su perdición al mundo.

Quede, pues, asentado que la teoría china puede sostenerse como otra teoría cualquiera, y que la de Mr. de Lamartine es



la única que no puede sostenerse. Desembarazado ya Mr. de Lamartine, voy á considerar en sí mismo el fenómeno más digno de consideración que yo conozco: el fenómeno de la guerra.

La guerra es el fenómeno más general que existe, porque es un fenómeno de todas las edades y de todas las regiones, que se extiende hasta donde se extiende el espacio, y que se dilata hasta donde se dilata el tiempo; y cuando hablo del tiempo, no hablo solamente de los tiempos históricos, sino del tiempo en general, contemporáneo de la creación; cuando hablo del espacio, no hablo solamente del ámbito de la tierra, sino del espacio en general, del ámbito de todas las cosas creadas.

La religión nos enseña que antes de que hubiera guerra entre los hombres, la hubo entre las substancias celestiales. El ángel caído, antes de caer, movió guerra á su Criador, y su Criador, después de su victoria, le arrojó de su morada y le derrocó á los abismos. Esta, que es la creencia del cristiano, fué la creencia del mundo. Todos los pueblos primitivos conservaban la tradición de una época en que los espíritus, superiores á los hombres, se habían lanzado en armas los unos contra los otros. Los persas señaladamente reconocieron una Divinidad creadora de todo lo bueno, y otra creadora de todo lo malo; estas dos Divinidades estaban en guerra, y la guerra había de concluir por la victoria del buen principio sobre el mal principio; de la Divinidad tutelar sobre la Divinidad maléfica. El Osiris egipcio es un rey y es un dios civilizador de los hombres; Tifón, que es su hermano y que representa el mal, le da muerte; pero Oro, hijo del primero y sobrino del segundo, mata al matador y vengá á su padre, y el principio del bien prevalece con esta completa victoria.

Así, pues, la guerra comienza en el Cielo: veamos cómo descende á la Tierra. El primer hombre comete el *primer pecado*, y poco después Caín mata á Abel, y comete el *primer delito*; ese primer delito es el símbolo de la guerra del hombre con el hombre, de la guerra en la *familia*. Las familias se dis-

persan por el mundo, y, al dispersarse, vienen á las manos las unas con las otras: ése es el símbolo de la guerra entre las *naciones*. Teseo doma á las fieras y las vence; Hércules sofoca á las serpientes en su cuna: éste es el símbolo de la guerra del hombre con la *naturaleza*, de la guerra entre la humanidad y los monstruos. Esto en cuanto al período primitivo y al período heroico de las sociedades humanas.

Las sociedades se constituyen y se asientan; al ponerse en contacto las unas con las otras, al extenderse su esfera de acción, no la extienden nunca sino por medio de la guerra. El Occidente y el Oriente se conocen, y el día en que se conocen vienen á las manos. La guerra de Troya es el símbolo de la guerra entre las *razas*. El Asia vencida, quiere pedir cuenta del suceso de ese día á la Europa vencedora; Jerges derrama por la Grecia sus ejércitos, por el Helesponto sus naves; la Grecia toma venganza en Maratón, en Salamina y Platea de esta invasión afrentosa. Cuando la Grecia no tiene á quien combatir, vuelve sus armas contra sí misma; hoy es el día de Esparta, mañana el día de Alejandro. La Grecia le recibe como á su rey; como á su Dios, el Oriente. Viene Roma después, y al asentar los cimientos de la ciudad, Rómulo vierte la sangre de Remo. Rómulo es el símbolo de *Caín*, como Roma el símbolo del mundo. Roma no nace, no se constituye, no crece sino por medio de la guerra y de la *sangre*. A su nacimiento precede la sangre de Remo; á su libertad, la sangre de Lucrecia y la sangre de Virginia; á su dominación, revuelta con su propia sangre, la sangre de las naciones; al Imperio, la sangre de César. Hoy se afronta con la Italia, y la Italia es un lago de sangre; mañana con Cartago, y el mundo aprende los nombres formidables de Tesino, Trebia, Trasimeno, Cannas. Viene después la guerra con los cimbrós, y la guerra con los griegos, y la guerra con los macedonios, y la guerra con los pueblos asiáticos, y las guerras civiles. Hay guerra entre Mario y Sila, entre el pueblo y el Senado, entre los esclavos y los señores, entre César y Pompeyo, entre Augusto y Antonio.



Augusto ha vencido; las puertas de Jano van á cerrarse para siempre, porque Augusto es señor de Roma y de la tierra. ¡Paso, que unos pueblos desconocidos comienzan á estremecerse entre las nieves del Polo, y el Salvador de los hombres ha nacido en el Oriente! La humanidad hace una estación, pero es para marchar con nuevos bríos. Allí asoman las tribus tártaras; tras ellas vienen los pueblos alemanes. ¡Ay de los Césares! ¡Ay del Capitolio!... ¡Ay de Roma! iba á decir; pero en Roma está el Pontífice; la eternidad que la prometieron sus dioses, Dios se la ha dado.

Roma es esclava; pero al contemplarla tan llena de majestad en medio de su servidumbre, y observando cómo ve desfilar unos tras otros todos los pueblos del Norte, cualquiera diría que es una Reina que les pasa revista. Entretanto, todas las ciudades son entradas á saco, todas las provincias entregadas al incendio; el Imperio ha abierto sus venas, y yacen en dispersión sus miembros despedazados. Ya no hay romanos ni galos, ni españoles ni bretones: todos han pasado como sombras. En su lugar, encuentra la vista, llena de asombro, á los godos, á los lombardos, á los vándalos, á los suevos, á los sajones y á los francos. En el mundo todo es confusión, lamentos, sangre, guerra. Los conquistadores vuelven sus manos los unos contra los otros después de la victoria. El puñal abre el camino del trono; el trono es el camino del convento.

Entretanto nace Mahoma, y, obedientes á su voz, los árabes se derraman por todas las regiones. El Africa cae bajo su poder; España bajo su yugo; la Italia está á punto de sucumbir; el Asia sucumbe. El Oriente y el Occidente vienen otra vez á las manos, como si no pudieran tener más vínculos que el de la guerra. Los cruzados fundan imperio en las regiones orientales; Isabel y Fernando levantan el estandarte de la Cruz en las almenas de Granada; Mahometo II clava el estandarte del Profeta en los muros de Constantinopla. Colón descubre un nuevo mundo, y también allí corre á torrentes la sangre. Vienen las guerras de Italia, y españoles y franceses hacen campo en

aquella tierra de la gloria. Viene Lutero después, y las guerras de Religión ocupan á los Príncipes y á las naciones. Ya se divisan allí Francisco I y Carlos V, que juegan la Monarquía universal al trance de las batallas. Detrás de esas imponentes fisonomías comienza á dibujarse la severa fisonomía de Felipe II. Los Países Bajos se levantan y dan el primer ejemplo de una revolución política á la Europa.

No está lejos Luis XIV, ese rey tan famoso por sus victorias como por sus desastres, por sus liviandades como por sus infortunios. Ya estamos en presencia de Carlos I y de Cromwell, en presencia de la segunda revolución política de Europa, en presencia del más hipócrita de todos los usurpadores, y delante del féretro del primer Rey decapitado. ¡Cuánta sangre y cuánto horror! ¿Quién con este espectáculo no sentirá su imaginación abrumada y su alma entristecida?

Viene, en fin, la revolución francesa, y sus impías matanzas, y sus sangrientas bacanales. Un pueblo demente declara la guerra á Dios, y abate la Cruz; declara la guerra á los Reyes, y abate su Trono; declara la guerra á la Europa, y le arroja como guante la cabeza de su Rey, y derrama sus ejércitos por todas las naciones. Aquí está Napoleón, tan grande como César, y más grande que todos los otros Césares, de quien pudiera decirse, como Quinto Curcio de Alejandro, que con su mano derecha toca al Oriente, con su siniestra al Occidente y con su cabeza al Cielo. Su águila imperial vuela sobre todas las capitales de Europa y sobre las pirámides de Egipto. En dondequiera que su caballo pone el pie, allí mismo brota sangre.

Tal es el fenómeno de la guerra, históricamente considerado. En mi próxima carta le consideraré filosóficamente, y espero demostrar que, siendo el más universal de todos los fenómenos, es, sin embargo, el menos conocido y el que envuelve los problemas más difíciles y los más recónditos misterios.